**Martirio en el aeropuerto**
**Autor: Manolo Campa**

Llegaba a Miami uno de los profesores del inolvidable colegio del Vedado, en la Habana, donde cursé la Primera y Segunda Enseñanza. Para mostrarle mi cariño y agradecimiento, gustoso me ofrecí a transportarlo a su casa. Como se trataba de un personaje importante en mi vida llevé una comitiva formada por mi mujer, una de mis hijas y dos nietos en vacaciones.

¡Qué lío en el aeropuerto! ¡Qué maraña de calles entrelazadas! En los cruces había letreros para diferentes destinos señalados con flechas que indicaban hacia los cuatro puntos cardinales. Allí para ir hacia la derecha se dobla hacia la izquierda. Los pasos superiores desembocaban en pasos inferiores que llevan a parqueos en edificios de cinco plantas con flechas indicadoras en el piso, en las paredes y en las vigas del techo.

¡Cosa de locos! En el estacionamiento del aeropuerto no se paga al entrar, cobran al salir… y cobran con severidad. Hay una gatera para entrar con un portero electrónico que se ilumina cuando llegamos a él; emite un sonido parecido a una trompetilla que nos hace virar la cabeza para notar que por una ranurita sobresale el ticket con la hora de entrada que combinada con la hora de salida, da el precio del rescate que tenemos que pagar para salir de aquel laberinto.

En toda aquella complicación organizada me moví llevado por flechas, números, escaleras y esteras automáticas. Los pasajeros salen del avión y suben a la planta alta para después bajar a la planta baja en busca de su equipaje. Las maletas se presentan solas, tambaleantes, sobre un carrusel donde se quedan dando vueltas hasta que uno divisa la suya.

En el aeropuerto se recibe a los que llegan con abrazos, apretones de manos y las lágrimas de los emotivos. Se despide a los que parten con abrazos, apretones de manos y también, con lágrimas de los más sensibles.

Mi esposa y mi hija ya conocían a mi maestro. Con gran satisfacción le presenté a mis nietos, a los que había aleccionado para que le hablasen solamente en español… y como pasa con los niños que hablan nuestro idioma como segunda lengua, le contestaron sus preguntas “solamente” en inglés.

Cuando fuimos a buscar el automóvil no me acordaba donde lo había estacionado. ¡Estragos de mi juventud acumulada! Todos los rincones me parecían conocidos… dimos tantas vueltas al llegar, antes de encontrar un espacio donde “posarnos”, que por todas partes pasé.

Emprendimos la búsqueda, a pie, toda la comitiva y mi profesor con la ayuda de su bastón. ¡Que pena! ¡Hacerlo caminar tanto! Cuando era su alumno podía decir de

memoria las capitales de Europa y ahora no era capaz de acordarme donde había dejado mi automóvil en el estacionamiento número 4 del Aeropuerto de Miami.

Para colmo de males, el más chico de los dos nietos tenía necesidad de "hacer aguas". Mi mujer y mi hija se impacientan… y yo no tengo la menor idea de dónde está el auto escondido. Cuando a toda prisa tomo al nieto de la mano para llevarlo a desbeber, ¡albricias! descubro donde está mi carro.

Con un chiflido potente y sonoro (como chiflaba la muchachada en el cine de mi barrio cuando se rompía la película) llamo la atención de mi mujer que está algo lejos. Logro hacerla mirar y también que se insulten conmigo las dos miembros del sexo femenino de la familia. Sin embargo, mis nietos, llenos de admiración, me piden que les enseñe a chiflar fuerte como acababa de hacer. Contrastando: del lado negativo, la condena de la sensibilidad femenina lastimada por el chiflido vulgar, y del positivo, el elogio que se desprendía del alegre anhelo infantil de poder hacerse oír desde lejos como el ruidoso abuelo que esto escribe.

**EN SERIO:**

No, no podemos aceptar que funcionarios elegidos por los ciudadanos de nuestras ciudades y condados para que los representen, olviden que se espera que ellos defiendan los intereses de sus electores al promulgar leyes y regulaciones.

No comprendo como al ponerse el precio de la gasolina "por las nubes", ellos, en vez de mitigar de alguna manera esa situación, han aprobado o han tratado de aprobar medidas en contrario, tales como: Los aumentos en el costo del peaje en las carreteras, en las tarifas de los parquímetros, el estacionamiento en los aeropuertos, los pasajes en los autobuses y en los trenes, en el porcentaje del impuesto sobre las ventas y otros que se escapan al teclear de prisa.

Estamos a unos pocos meses de las elecciones. Recuerda amigo lector: "El voto es un arma que premia o castiga". Se premia con él al que ha sabido cumplir con su función de defender los intereses de los que lo eligieron. Se castiga no votando por el incapacitado, el negligente o el malintencionado que promueve resoluciones que van en contra del bien común.